

MARCHA II

(2 de 2)



Dr. Justo L. González

22 de noviembre de 1996

MARCHA II

(2 de 2)

Hablábamos anoche de la historia de MARCHA, y todo lo que por la gracia de Dios se ha logrado durante sus 25 años de existencia. Y terminamos diciendo que MARCHA, además de una organización, es un anuncio, anuncio de lo que nuestro pueblo puede ser, de lo que la iglesia debe ser.

Reflexionando sobre ese contraste entre el pasado y el futuro, entre nuestra historia y nuestra vocación, se me antoja pensar que en cierto sentido MARCHA es como un atleta que se prepara a dar el salto largo. Los 25 años pasados son como esos 25 metros que el atleta corre antes del salto. Son la carrera que le da dirección al salto. Son el impulso sin el cual no es posible levantar vuelo. Son recursos absolutamente necesarios para el salto.

Pero, por otra parte, si al llegar a la tabla del salto el atleta piensa que porque ha corrido bien los 25 metros ya ha ganado la competencia, ciertamente la perderá. Y al final de la competencia no se le medirá por lo que corrió, sino por el salto.

El salto siempre es peligroso. Es abandonar el apoyo del suelo. Es lanzarse al vacío. El atleta se atreve a saltar, porque sabe que va a caer en un campo de arena que amortiguará el golpe. Nosotros nos atrevemos a saltar, porque confiamos en la gracia de Dios, quien nos espera al otro lado del salto.

Porque ése es nuestro Dios: no solamente un Dios que nos ha acompañado a través de nuestra historia, a través de los 25 años de historia de MARCHA, sino también y sobre todo un Dios que nos llama desde el futuro. Un Dios que no solamente nos envía a lugares nuevos y desconocidos, sino que ya está allá, en esos lugares, mucho antes de que nosotros lleguemos. En el Antiguo Testamento, Dios va en la columna de fuego y en la nube **delante** de Israel. Y en el Nuevo, Jesús les dice a sus discípulos: "Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo." Aun si nos fuéramos al lugar más apartado, al fin del mundo, ya allí está Jesús con nosotros y antes que nosotros.

¿Cuál es entonces ese futuro desde el que nos llama nuestro Dios? La pregunta es importante, porque por extraño que nos parezca, el hecho es que nuestra vida no se vive solamente a partir del pasado, sino también a base del futuro. Cuando yo salgo de mi casa, si doblo a la derecha o a la izquierda no depende para nada del lugar de donde vengo. Vengo del garaje. Depende más bien del lugar a donde voy. Si mi propósito es estar en cierto lugar dentro de media hora, doblo a la derecha. Pero si mi propósito es estar en otro lugar, doblo a la izquierda. Cuando fui a estudiar al seminario, fui, no solamente porque la Junta de Ministerio Ordenado me mandó allá, sino también y sobre todo porque tenía el propósito y el llamamiento de ser ministro. Cuando salí para El Paso ayer, no lo hice porque me guste andar en avión, sino porque tenía que estar aquí hoy. En todos esos casos, y en muchos otros que

pudiéramos pensar, vivimos nuestra vida, no solamente a partir del pasado que ya hemos vivido, sino también a partir del futuro que esperamos vivir.

El futuro siempre es incierto. Por eso hablábamos de saltar al espacio, como quien se arriesga a perder el apoyo del suelo para levantar vuelo. En cierto modo y hasta cierto punto, es posible predecir el futuro a base del pasado. Sabemos, o al menos esperamos, que el sol saldrá mañana, porque en el pasado siempre ha salido. Pero eso no es garantía absoluta. El futuro siempre puede sorprendernos. (Cuento del avión.)

Cuando, como cristianos, hablamos del futuro, tenemos que hacerlo a dos niveles. En primer lugar, está el futuro tal como lo proyectamos a partir del pasado y del presente. Es el futuro de nuestros cálculos y proyecciones. Es el futuro que planeamos cuando hacemos un presupuesto para la iglesia a base de las promesas que los miembros han hecho. Es un futuro probable, pero no absolutamente cierto. Como en el caso del avión, bien puede haber factores y sorpresas que no hemos tomado en cuenta. Pero, así y todo, como mayordomos de Dios, tenemos la obligación de trabajar a base de ese futuro, y tomar el riesgo de que no sea exactamente tal y cual lo habíamos pensado.

Pero hay también otro futuro. Es el futuro del Reino de Dios. Es un futuro para el cual no podemos planear en el sentido estricto, pues no sabemos cómo ni cuándo vendrá. En ese sentido es mucho menos predecible que el futuro que proyectamos a partir del pasado, y la

historia de la iglesia está repleta de personas que quisieron predecirlo diciendo "El Señor viene en tal fecha, o viene en tal otra". Como les dijo el Señor a sus discípulos, "No os toca a vosotros saber los tiempos y las sazones".

Pero ese futuro, con todo y ser menos predecible en el sentido de ponerle fecha, es más seguro que cualquier otro futuro que podamos imaginar. No sabemos cuándo ni cómo, pero sí sabemos que el Reino ha de venir, que los propósitos de Dios se han de cumplir.

Lo que esto quiere decir es que, al hablar del futuro de MARCHA, o del futuro de la iglesia, o de cualquier otro futuro, tenemos que hacerlo en dos planos, o con dos perspectivas: está primero el futuro predecible, el futuro que imaginamos a base de proyecciones a partir del pasado y del presente; y está además el futuro de fecha impredecible, pero ciertísimo, que es el Reino de Dios.

AETH

En la obediencia cristiana, esos dos futuros se entretajan. Puesto que antes usamos del ejemplo del presupuesto de una iglesia, volvamos sobre el mismo ejemplo. Como administradores de los recursos de la iglesia, tenemos la obligación de calcular las entradas y los gastos probables, y de hacer un presupuesto a base de esos datos y otros semejantes. Pero como cristianos que creemos en el futuro de Dios, tenemos la obligación de ajustar ese presupuesto a las demandas del Reino. No podemos darnos el lujo de preparar nuestro presupuesto como lo prepara una corporación cualquiera, porque ellos no tienen más que sus

estudios y sus proyecciones, mientras nosotros tenemos la promesa certísima de que los reinos de la tierra vendrán a ser el reino del Señor, y reinará por siempre y siempre. Por un lado, las realidades actuales de las entradas y los gastos nos ayudan a proyectar el futuro; pero por otro lado la realidad no menos absoluta del Reino nos obliga a hacer todo lo posible porque nuestro presupuesto se ajuste a los intereses y las metas del Reino.

Con todo eso en mente, pensemos por unos minutos sobre el futuro de MARCHA. Pensemos en los próximos 25 años, proyectando hacia el futuro todo lo más que sepamos del pasado y del presente. Pero pensemos también en la necesidad, como cristianos, de proyectar ese futuro como quienes confían en la certeza absoluta del futuro de Dios, del Reino de Dios.

Cuando pensamos en el futuro de MARCHA, lo primero que viene a la mente son las proyecciones demográficas. Todos ustedes las han visto, y no es necesario abundar sobre ellas. En pocas palabras, si los hispanos en los Estados Unidos son hoy muchos, mañana serán muchísimos más. Cuando se cumplan los próximos 25 años de MARCHA, en varios estados de la unión los hispanos seremos mayoría. Cuando se cumplan los próximos 25 años de MARCHA, no habrá un solo estado—ni Alaska, ni Hawaii, ni North Dakota, donde no seremos al menos una minoría importante. Cuando se cumplan los próximos 25 años de MARCHA, la iglesia que no cuente en su seno con un buen número de hispanos estará destinada a desaparecer.

Las mismas estadísticas muestran que es muy probable que cuando se cumplan los próximos 25 años de MARCHA continúe nuestra identidad como latinos en los EE.UU. A pesar de todo lo que nos digan los políticos, el censo indica que al menos las dos terceras partes de los hispanos que viven actualmente en los EE.UU. son ciudadanos por nacimiento, y no inmigrantes. Y varios estudios indican que entre esa población, que es nativa en sus dos terceras partes, solamente la octava parte ha perdido el uso del español, mientras que otra octava parte, al tiempo que es bilingüe, tiene más facilidad con el inglés. El resto son en su inmensa mayoría bilingües, pero con igual o mayor facilidad en español, o hablan solamente el español.

Lo que esto quiere decir es que en el futuro predecible habrá en este país un número creciente de personas de origen latino, y que esas personas en su inmensa mayoría mantendrán su idioma y su identidad. Esto no quiere decir que rehusarán aprender inglés o que se negarán a formar parte del resto de la sociedad norteamericana. Pero sí quiere decir que continuarán considerándose a sí mismas como personas de origen latino.

Eso en cuanto al futuro predecible.

¿Y qué del futuro, menos predecible, pero más seguro, del Reino de Dios? En el libro de Apocalipsis nos dice Juan que vio "una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del

Cordero." En otras palabras, que la unidad del Reino no destruye, sino que afirma, la multiplicidad de pueblos, naciones, tribus y lenguas.

Si a partir de estos dos futuros intentamos ahora proyectar lo que serán y lo que deben ser los próximos 25 años de MARCHA, resulta claro que parte de lo que MARCHA tendrá que hacer durante el próximo cuarto de siglo es continuar afirmando nuestra identidad hispana.

Como ustedes saben, la Iglesia Metodista Unida, y las varias iglesias que se unieron para formarla, tienen una larga historia de vacilaciones en este sentido. Primero se decide que hay que crear un fuerte ministerio hispano. Luego vienen otros ejecutivos que se imaginan que, así como los italianos y los irlandeses se unieron a la cultura dominante y se perdieron en ella, lo mismo haremos los hispanos. Fue así que se creó y luego se disolvió la Conferencia Latinoamericana en California. Fue así que se creó y luego se disolvió el Distrito Latino de la Florida. Y es así que se crean y luego se disuelven numerosas congregaciones hispanas en todo el país.

Dado el gran número de hispanos en el país, y dado el modo en que hemos mantenido nuestra identidad a través de las generaciones, podría pensarse que ya eso es cosa del pasado.

Ciertamente, el Plan Nacional y su aprobación por la Conferencia General muestran una nueva actitud. Pero no nos engañemos. Siempre hay entre los altos funcionarios de la denominación quienes creen que lo mejor es que los hispanos nos asimilemos completamente al resto de la

iglesia, que dejemos a un lado nuestra identidad, y que nos deshagamos de las estructuras y de las políticas que afirman esa identidad.

Y lo que es cierto en la iglesia es todavía más cierto del resto de la sociedad, donde el nativismo y la xenofobia hacen sus apariciones periódicas, y donde en los últimos años esas tendencias se han manifestado en el "English-only" y otras estupideces semejantes.

Ante tales propuestas, MARCHA ha de responder con un fuerte ¡NO! No, porque toda la historia pasada y las proyecciones futuras muestran que tal política sería equivocada, que la identidad hispana ha de continuar por largo tiempo, y que la iglesia que no entienda eso estará cometiendo un grave error. Y NO sobre todo porque nuestra visión del futuro absoluto de Dios, nuestra visión del Reino, es todavía la misma que la del vidente de Patmos: "miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero."

En resumen, la primera tarea de MARCHA dentro de la Iglesia Metodista Unida durante los próximos 25 años será mantener y defender nuestra identidad.

En segundo lugar, si miramos a las estadísticas y las proyecciones sobre el pueblo hispano, veremos que se trata de un pueblo que vive en medio de la injusticia, y que sufre injusticia. Casi el 40% de nuestros niños y niñas vive bajo el nivel de pobreza. Nuestros jóvenes

abandonan la escuela a un ritmo alarmante--una y media veces el del resto de la población.

Los que continúan en la escuela, frecuentemente reciben una instrucción inferior. Por más de 20 años, el desempleo entre nuestro pueblo se ha mantenido a un nivel constante: una y media veces el nivel del desempleo en el resto de la sociedad.

Lo que las estadísticas señalan, pero al mismo tiempo ocultan, es que esa injusticia se encarna en el sufrimiento concreto de miles y millones de personas y de familias, hombres, mujeres y niños recogedores de uvas y de lechugas que no pueden comer, empleadas de "factorías" donde cortan y cosen ropas que no pueden vestir, niños sin atención médica, ancianos sin alimentación adecuada.

Aunque en los últimos años algunas de esas condiciones han mejorado en algo, lo cierto es que otras han empeorado. Y la aprobación de varias "proposiciones" contra los inmigrantes en California y en otros lugares no lleva sino a suponer que en los próximos años esas condiciones, en lugar de mejorar, van a empeorar.

Eso en cuanto al futuro inmediato, el futuro predecible, el futuro que se entreve a base de estadísticas y proyecciones.

Pero, repito, hay otro futuro. Futuro menos predecible, pero no por eso menos seguro, el futuro de Dios, el Reino de Dios. Y ese futuro nos promete otra cosa muy distinta. Como dice el

profeta Miqueas (4:4), en ese futuro "se sentará cada uno debajo de su vid y debajo de su higuera, y no habrá quien los amedrente".

Quienes creemos en ese futuro no podemos conformarnos mientras haya una sola persona que tenga que recoger lechuga en tierra ajena, mientras haya una sola madre que tenga que temer que sus hijos se están criando en campos envenenados, mientras sea posible que a un niño le nieguen educación o asistencia médica por falta de papeles.

Luego, los próximos 25 años de MARCHA serán años de lucha por la justicia. Serán años difíciles, pues la justicia no es cosa abstracta, sino realidad concreta que se opone a la injusticia, y siempre hay quien se beneficia de la injusticia. Y entre quienes se benefician de la injusticia no deja de haber algunos miembros--y miembros influyentes--de la Iglesia Metodista Unida.

AETH

En tercer lugar, y por último, el futuro que ya se entreve en nuestro presente es un futuro de unidad. Según viajo por todo el país, cada vez me sorprende más la creciente unidad entre nuestro pueblo. Hay la unidad de que hablamos ayer, que va haciendo que los diversos grupos hispanos se vayan uniendo más entre sí. Pero hay también la unidad cristiana, la unidad entre cristianos latinos, que se va manifestando de maneras sorprendentes--tanto más sorprendentes, por cuanto la mayoría de nosotros venimos de iglesias evangélicas que crecieron y se forjaron a base de hablar mal de los católicos y hasta de otros evangélicos, y la

mayoría de los católicos hispanos vienen de una tradición en la que se les dijo repetidamente que los protestantes éramos herejes recalcitrantes, sin esperanza de salvación.

Señalo esto, porque hay muchas personas en la cultura dominante, y líderes en nuestras iglesias, que piensan que los hispanos somos menos ecuménicos que ellos. Pero lo cierto es que en la mayoría de las iglesias de la cultura dominante el ecumenismo es mayormente cuestión de conversaciones entre los dirigentes, cuestión de oficinas y comités, cuestión de declaraciones y estudios. Pero en nuestros barrios y en muchas de nuestras actividades, al tiempo que siguen subsistiendo muchas de las antiguas rencillas, se empieza a ver una unidad cristiana que se manifiesta en la base y que surge, no de teorías acerca de la unidad cristiana, sino de la urgencia de la misión, de la urgencia de las necesidades de nuestros barrios y de nuestro pueblo.

En este punto, nuestro futuro inmediato, el que proyectamos a base de lo que ya vemos, tiende a coincidir con nuestro futuro escatológico, el que esperamos con la venida del Reino. Porque ese futuro es un futuro de unidad, cuando se manifestará a plenitud, como dice Efesios, el misterio del propósito de Dios, de reunir todas las cosas en Cristo como bajo una sola cabeza. O, como lo prometió nuestro Señor, "vendrán del oriente y del occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios". Y en muchos de nuestros barrios y comunidades, así como en varias de las organizaciones latinas que van surgiendo en el país, vamos teniendo al

menos un atisbo de lo que esto significa. Y en esto también MARCHA ha tenido y tendrá un papel importante.

Luego, durante los próximos 25 años, MARCHA deberá ser un anuncio, a toda la Iglesia Metodista Unida, a todo el pueblo latino, y a toda la comunidad cristiana, de tres realidades que son absolutamente necesarias para nuestro pueblo, pero que son también señal del Reino de Dios: identidad, justicia, y unidad. Y así los Metodistas Asociados Representando la Causa Hispano-Americana comprobaremos que "la causa hispanoamericana" no es otra que la causa del Reino. Y así toda la Iglesia Metodista Unida comprobará que el ser metodista no es otra cosa que marchar hacia el Reino con todo el pueblo de Dios. Hasta que se cumpla la visión de Juan en Patmos, que ha de ser también la nuestra, que "los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo, y él reinará por los siglos de los siglos". Ese es en fin de cuentas el futuro de MARCHA, Y es también el futuro de la humanidad.

Amén.

Así Sea.